

Y más adelante:

«El público que Marx necesitó engañar, fué él mismo. Por eso envolvió el fondo de sus concepciones con celajes metafísicos que, cuando se les mira durante cierto tiempo, se hacen transparentes y se denuncian vacíos...»

Marx no quiso convencerse de que la masa es tan débil—idea ignorada también por nuestro Ortega y Gasset—como el hombre individual, como la criatura. Y este error sustancial de la filosofía marxista, es comentado con estas palabras en las últimas páginas del manuscrito inacabado —Londres, 1943— que cierra el libro que comentamos:

«La idea de flaqueza como tal, permaneciendo débil, puede constituir una fuerza; no es una idea nueva. Es la idea cristiana de la que la Cruz es la mejor prueba. Pero se trata de una fuerza de otra especie que la que utilizan los fuertes; es una fuerza que no es de este mundo, que es sobrenatural. Opera a la manera sobrenatural, decisiva, pero secreta, silenciosamente bajo la apariencia de lo infinitamente pequeño; y si penetra en las masas deslumbrándolas, no habita en ellas, sino en ciertas almas. Marx admitió esta contradicción de una flaqueza fuerte, sin admitir lo sobrenatural que es lo único que hace legítima la contradicción.

Por todo esto, Marx ha sentido una verdad, una verdad esencial, cuando comprendió que el hombre, sólo concibe la justicia si la ha...».—José Vila Selma.

«ENRIQUE SEGURA» DE A. REYES HUERTAS

BADAJOS, 1955

La gloria que Pereda trajo sobre la montaña santanderina tiene su reflejo en otras comarcas, más desdichadas por maleficios de la suerte que por carencia de valías. Una generación posterior, Antonio Reyes Huertas es el Pereda de Extremadura.

Solamente que Antonio Reyes Huertas, humilde, sin amigos que le amparen, encerrado casi siempre en un pueblecito de la Serena, atento al sostén de una familia tan numerosa como corto era el buen pasar de sus posibilidades, no ha gozado de la buena prensa. La pedantería doctoral de algún jovenzuelo metido a

crítico, fulminó rayos de ira contra su estilo llano y castizo, en nombre de cierta técnica alemana que yo no alcanzo a calibrar. Lo escribe a Manuel Monterrey a 10 de mayo de 1944, alegrándose le hayan solicitado colaboración literaria para el diario *Arriba*. «Ahí en *Arriba* escribe mucho un joven innovador, al que no sé si aludirás tú y del que yo no sabía era extremeño hasta que él no me lo dijo contestando a la carta de enterado que suelo escribir a todos los críticos que se ocupan de mis obras, me traten bien o mal. Se llama X. Hizo la crítica de *La sangre de la raza*. No le gustó ni como novela regional ni como novelã. En su disculpa epistolar me daba a entender que había aprendido a aplicar en el examen de los libros métodos rigurosos y científicos que había traído de Alemania, y coincidía precisamente su carta con otra que había recibido yo de D. Roberto Schofen, pidiéndome autorización para verter, precisamente al alemán, *La sangre de la raza*. El alemán, por lo visto, había aprendido en Alemania lo contrario de nuestro inclito y periclito definidor».

Vale la pena leer el excelente estudio que un gran extremeño como es don Enrique Segura, cargado en años y en maestría literaria, acaba de consagrar a Reyes Huertas para comprender la distancia tensa en que está abismada hoy la cultura regional de mi tierra extremeña. Tenemos, a Dios gracias, sabidores de pro, escritores fecundos, líricos bellísimos, libres del polvo extraño de la europeización cultural; aunque también tengamos personajillos como el crítico de marras, cuyo nombre ignoro y que, por lo que ya sé de él, prefiero seguir ignorando para siempre.

Por eso ha de aprovecharse la coyuntura para rememorar, en ocasión del libro de don Enrique Segura, a aquel gran señor de las letras extremeñas que fuera Antonio Reyes Huertas. Sus novelas, imantadas constantemente al terruño solariego, tienen por escenario las comarcas ganaderas y apizarradas de la Serena, las mismas que acunaron el anhelo incontenible y tajante de Donoso.

Como él, fué Antonio Reyes Huertas católico a machamartillo y en páginas de periódicos católicos dejó lo mejor de su genio tesonero. Director del cacereño *Extremadura*, el gran diario católico que dirige con tantos aciertos Dionisio J. Acedo, en sus columnas de prensa volandera repartió la gracia de un estilo llano, sencillo, sin huecas resonancias de pedanterías vacías mal aprendidas en Germania. Fué ejemplo como caballero, como extremeño y como hombre. Y cada vez que un varón hidalgo de mi tierra cruza la carretera que corta la aldea de la Guarda, le reza una oración devota en la emoción callada del mejor recuerdo.

En Extremadura colocó sus narraciones. La toponimia de sus horizontes ancla en Magacela o en don Benito, en Campanario o en Castuera, entre los campos de enceradas mieses, los encinares tupidos o las majadas bien nutridas. *Luces de cristal*, la novela que centran un conde gallego y una duquesita sevillana, se encuadra en el marco inmortal del monasterio de Guadalupe, en castillos berroqueños guardianes de la Morenita impar de las Villuercas. Alguna otra, concretamente *La sangre de la raza*, clava en Torrealta o en El Encinar estampas de vida palpitante de mi Extremadura, que hacen pensar por su logro las correspondientes montañesas de Pereda.

Al alba siguiente a su muerte, Antonio Reyes Huertas es ya un clásico para mis paisanos. Creo es, además, un gran novelista del siglo XX, incluso en el total de la literatura castellana. Bienvenido sea, pues, este libro de don Enrique Segura, otro de los grandes de la generación que se va y de la que tanto hemos de aprender los que en Extremadura nos curvamos hoy en el oficio de las plumas.—*Francisco Elías de Tejada*.

«VIVIR MERECE LA PENA»⁽¹⁾ DE MGR. FULTON J. SHEEN

La impresión estimulante que causa Mgr. Sheen, ha hecho popular en USA su programa de televisión del que el libro que publica ha tomado su título «Vivir merece la pena».

Los veintiséis temas seleccionados de que consta son variaciones del argumento central que podemos resumir así:

El comunismo es un mal; pero el daño que hace es debido, no sólo a su propio veneno, sino a nuestros errores de concepto acerca de Dios y de la verdadera felicidad, a las actitudes equivocadas y al abandono de las responsabilidades inherentes a la personalidad humana.

En la ordenación de los temas, el autor se aproxima más al aparente desorden de la naturaleza que a la rigidez de la lógica lineal; considera que nuestro discurrir es incompleto si no podemos paladear las ideas.

(1) Life is worth living (2nd series) by Mgr Fulton J. Sheen, McGraw Hill Ed. New York-London.